

9

Cuadernos



México en el imaginario de Simone de Beauvoir

Carmen Ramos Escandón

Editorial Digital Feminista Victoria Sau

Barcelona, enero 2022

Autora: Carmen Ramos Escandón

Título: *México en el imaginario de Simone de Beauvoir*

Diseño gráfico: Rosa Marín Ribas

Usted es libre de

Copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las siguientes condiciones:

- **RECONOCIMIENTO (attribution):**
En cualquier explotación de la obra autorizada por la licencia será necesario reconocer la autoría.
- **NO COMERCIAL (non commercial):**
 - La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.
- **SIN OBRAS DERIVADAS (non derivate works):**
 - La autorización por explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.
 - Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
 - Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene permiso del titular de los derechos de autora.
 - En esta licencia nada se menoscaba o restringe de los derechos morales de la autora. Los derechos derivados de usos legítimos o otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por la anterior.

Cuadernos 9

México en el imaginario de Simone de Beauvoir

Carmen Ramos Escandón

Carmen Ramos Escandón

Carmen Ramos Escandón es doctora en Historia de América Latina por la Universidad Estatal de Nueva York. SUNY Stony Brook, 1982. Tiene dos maestrías en Estudios Latinoamericanos; en Letras y en Historia por la Universidad de Austin en Texas. Estudió la licenciatura en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras en la UNAM. En 1979 publicó en FEM, el primer artículo donde señalaba la necesidad de estudiar la Historia de la Mujer en México. En 1984 fundó el Taller de Historia de la Mujer en El Colegio de México e impartió la cátedra de Historia Social de la Mujer en México en la División de Estudios Superiores de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM. Ha sido profesora en la Universidad Metropolitana, Iztapalapa, CD de México, Occidental College en Los Ángeles y profesora invitada en las Universidades de Puerto Rico (Rio Piedras), Stony Brook, Nueva York y Senior Fellow en Oxford University, Inglaterra. En 1987 publicó la primera antología con artículos de Historia de la Mujer: *Presencia y transparencia*, en el PIEM, del Colegio de México. Publicó 2 textos metodológicos sobre Género. *El Género e Historia* Instituto Mora 1992 y *El Género en Perspectiva De la dominación universal a la representación múltiple*, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1991. Es también autora de *Ciudadanía Carente*. Universidad de Guadalajara. 2013. *Latinoamérica en el siglo XIX*. UNAM 2007. *Industrialización, Género y trabajo femenino en el sector textil mexicano*. Ciesas 2005. Coautora de *Mujeres y Revolución* INHERM. 1993 y Coeditora de *Orden Social e Identidad de Género*. Ciesas 2000.

México en el imaginario de Simone de Beauvoir

Carmen Ramos Escandón

El 11 de diciembre de 1947, en una carta a Nelson Algren, Simone de Beauvoir menciona por primera vez la posibilidad de viajar juntos a México. Pocos días más tarde, le pregunta escueta y directamente: «¿Por qué no has contestado nada sobre el viaje a México?». La impaciencia es patente en el tono de la pregunta. ¿Por qué estaba tan interesada en ese viaje? ¿Qué significaba para de Beauvoir la posibilidad de conocer México?

Nelson Algren y Simone de Beauvoir se conocieron en febrero de 1947, durante una gira de conferencias y presentaciones que ella llevó a cabo en Estados Unidos ese curso académico. Por recomendación de una amiga común, Mary Guggenheim, Simone intentó contactar con Algren en Chicago. Tuvo que telefonar tres veces y hacerse auxiliar por la operadora para conseguir que él respondiera a su llamada. Concertaron una cita y se encontraron en un bar. Para identificarse, de Beauvoir llevaba en la mano un ejemplar de la revista *Partisans*. Su inglés era patético, con un fuerte acento; Algren no hablaba una palabra de francés. A pesar de ello, después de recorrer los barrios bajos y los bares baratos de Chicago, pasaron la noche juntos. La experiencia fue tan intensa que luego ella escribiría a propósito de ese encuentro que había recuperado sus senos, su vientre, su sexo, que se había vuelto tan llena de nutrientes como el pan, tan olorosa como la tierra. Poco después, en abril de 1947, una vez finalizada su gira de conferencias, Simone le envió una nota a Algren invitándolo a reunirse con ella en Nueva York en mayo. Él aceptó y pasaron otros días juntos en el Breevort Hotel, cerca de Washington Square. Enamorados, se

separaron poco después, pero con la idea de volver a verse, e iniciaron una intensa correspondencia (cerca de 350 cartas), que acabaría prolongándose hasta 1965. En la primera parte de la misma, el tema central es la posibilidad de un nuevo encuentro para emprender juntos un viaje a México.

México es, pues, la meta común en el imaginario amoroso de Simone de Beauvoir y Nelson Algren. Si bien de Beauvoir es ampliamente conocida como pareja sexual, social, intelectual y política de Jean Paul Sartre, se ha hablado poco de su relación con Nelson Algren. El suyo fue un enamoramiento mutuo, intenso, que cristalizó durante la semana que pasaron juntos en el departamento de Wabansia Avenue donde vivía Algren, en uno de los barrios más pobres de Chicago. Cuando de Beauvoir regresó a París siguieron escribiéndose, a razón de una carta por semana por lo menos. En las cartas de ella que Algren conservó y que la hija adoptiva de Simone, Sylvie Le Bon de Beauvoir, publicó más tarde el tema central es la reiteración del amor compartido, el recuerdo, la elaboración de la añoranza de los días vividos y la nostalgia de su presencia, junto con comentarios sobre sus lecturas y actividades, los lugares que visitaba, los amigos de quienes ya le había hablado. Entre todo ello destaca, sin embargo, sobre todo, la ilusión por un nuevo reencuentro, cuando ella volviese a visitar América y pudieran viajar juntos. El destino elegido era México.

Al pensar en México como el lugar perfecto para el reencuentro amoroso, Simone de Beauvoir respondía a su creciente fama como lugar de esperanza, de futuro: un país dueño de una rica cultura milenaria que a la vez empezaba a incorporarse al mundo moderno tras la segunda guerra mundial. En efecto, México generó durante la primera mitad del siglo xx un potente imaginario que tuvo una amplia repercusión entre los grupos de la izquierda intelectual y artística, tanto en Europa como en Estados Unidos. Ya en los años 1920 y 1930, un numeroso grupo de intelectuales estadounidenses, decepcionados de su país, vinieron a México, que para ellos representaba el espacio de una nueva sociedad. De Beauvoir debe de haber tenido algún tipo de información sobre el país, su vida cultural, la riqueza de sus culturas

indígenas y acaso un gusto particular por México y las cosas mexicanas, puesto que en una carta muy anterior a la de diciembre de 1947 hace referencia a una blusa mexicana que le gustaba a Algren.

En diciembre de 1947, Simone afirmaba con todo entusiasmo: «Sí, lo que más me gustaría es ir a México; por ahora, es imposible hacer ningún plan pero llegaré a América en marzo y me quedaré cinco meses».

Apenas unos días después, el 15 de diciembre, continuaba abundando en la idea en su carta semanal a Algren: «Querido, me alegra muchísimo que hayamos tenido la misma idea al mismo tiempo: no iremos a Nueva Orleans, pero ¿no te parece que México es preferible a América Central? Tengo un amigo que acaba de estar en México y me envió unas fotos y no para de alabar su belleza. Me muero de ansias de verlo. Ahora bien, si tú ya has estado allí y no te interesa volver a verlo (aunque es inmenso y seguramente hay muchos lugares que no conoces) podríamos hacer mitad y mitad: ir a Guatemala y también a México. ¿Qué te parece?».

La idea de emprender un largo viaje juntos por tierras mexicanas en la primavera de 1948 partiendo desde Estados Unidos, donde de Beauvoir planeaba pasar cinco meses, aparece con frecuencia en las cartas de Castor como la llamaban en Francia a Nelson Algren, quien nunca se refirió a ella con ese nombre, sino con el de pequeño cocodrilo. La posibilidad de viajar juntos es vista, sobre todo por Simone, como fundamental para su relación. Un proyecto común en el que cristalizaría y se prolongaría el entusiasmo amoroso de su primer encuentro en Chicago. La idea del viaje, que se va configurando a lo largo del invierno de 1947, es al principio difusa, vaga. Se trata de hacer un trayecto por el Misisipi hasta Nueva Orleans, para embarcar allí rumbo a la península de Yucatán y recorrer luego las ruinas mayas, internándose poco a poco en el país hasta llegar a la ciudad de México. Los itinerarios, detalles y fechas del viaje cambian constantemente; prevalece la idea del viaje mismo y su significado simbólico va creciendo a la par. Así, en las muchas cartas que Simone de Beauvoir le escribe Algren, ese viaje juntos cobra una dimensión de sueño realizable.

Pasar tiempo juntos, viajando, disfrutando de su enamoramiento y conociéndose más a fondo, se convierte en un proyecto de vida compartida que para ambos es muy significativo puesto que ella tuvo claro desde el primer momento que nunca abandonaría su vida en París, su escritura y su mundo parisino, ni a Jean-Paul Sartre. En efecto, con Sartre tenían establecido desde el principio de su relación que esta sería una relación fundamental, si bien lejos de la monogamia burguesa que tanto criticaban admitiría la posibilidad de una o varias relaciones contingentes, temporales.

Al parecer, Simone de Beauvoir incluyó en esta categoría su relación con Nelson Algren que, por su carácter transatlántico, era más difícil de mantener, si bien se acabaría prolongando más que ninguna otra, hasta 1965. Pero en el invierno de 1947, la relación incipiente prometía un futuro abierto. Para esta pareja, la atracción pasaba por la fascinación por la extranjería del otro, por el exotismo de lo desconocido. La posibilidad de pasar tiempo juntos en un tercer lugar, lejos de la cotidianeidad de ambos, se plantea como un espacio incontaminado por el pasado, donde poder realizar el sueño común de disfrutar de su relación. A pesar de que más tarde se visitaron en ambos sitios, ni París ni Chicago donde vivían y estaban inmersos en su red de actividades, su vida social y su escritura reunían las condiciones de otredad, de sitio alterno, incontaminado, donde pudiera encontrar cabida el espacio, duramente defendido, de su precaria vida en común.

El escenario perfecto para ese interludio amoroso será México. México cobra un significado especial a los ojos de esta pareja con un tiempo limitado. La elección no es de extrañar. En ese momento, en 1947, las bellezas naturales mexicanas empezaban a ser conocidas, especialmente entre los círculos de intelectuales europeos, sobre todo los surrealistas, y también norteamericanos. No olvidemos que precisamente en esos años se siente con particular fuerza la influencia de los pintores mexicanos en Nueva York, donde vivieron temporalmente Miguel Covarrubias y José Clemente Orozco, entre otros. En Nueva York pintó Diego Rivera los murales de la New School for Social Research, destruidos luego debido a su aguda crítica al capi-

talismo. Y en Los Ángeles pintaron artistas mexicanos como Clemente Orozco, autor de un mural sobre México en Pomona College, muy cerca de la metrópolis angelina. Esta boga del interés por México también se dejó sentir en Europa y el puerto de Acapulco se convirtió en la playa de moda para la elite mexicana y para numerosos extranjeros atraídos por el pintoresquismo del lugar. Son los años de oro del Tratado sobre trabajadores migrantes, que permitió a Estados Unidos contar con mano de obra barata que ocupase el lugar de los norteamericanos enviados a la guerra, y a México, contar con una salida para sus trabajadores que, empleados como temporeros en los cultivos californianos, entre otros lugares, podían obtener ingresos muy superiores a los que conseguirían en México en trabajos similares o incluso menos especializados.

Simone de Beauvoir respiró ese ambiente de fascinación por México, de presencia mexicana en los círculos culturales e intelectuales norteamericanos, y resulta lógico que una intelectual izquierdista comprometida con las causas populares de su tiempo, como era ella, estuviese al tanto del atractivo que tenía México y su exotismo en los círculos culturales norteamericanos y europeos, a la vez que estaba familiarizada con las luchas sociales del país. Los proyectos nacionalistas del gobierno mexicano debieron de ser conocidos para una intelectual de izquierdas universalista como ella y es muy posible que mirase con especial agrado los logros de la Revolución Mexicana, esgrimidos por los gobiernos del Partido Nacional Revolucionario (PNR) como su ideario político y que, por lo menos en principio, también sustentaban la ideología del recién estrenado Partido Revolucionario Institucional (PRI), fundado en 1946.

De Beauvoir había estado en España poco antes de la Guerra civil y sin duda conocía a varios de los españoles que, huyendo de la contienda, buscaron refugio en París; Picasso entre ellos. La política de asilo a los niños de la guerra implementada por el gobierno mexicano también era de común conocimiento en la capital francesa. Por su parte, Nelson Algren había viajado extensamente por Texas y también había estado en México. Su atracción por los tipos marginados, los

barrios bajos y las historias desgarradoras le llevó a recorrer ampliamente el sur de Texas y la zona norte de México próxima a la frontera.

Es muy posible que el propio Algren le hablase a Simone de Beauvoir de México, de sus aventuras allí; aunque en sus novelas no aparece específicamente la temática mexicana, sí hay personajes de origen mexicano. Por otra parte, sabemos con certeza que su regalo para Simone fue un anillo de plata mexicana, que ella conservó y llevó hasta la tumba. México adquiere, así, un significado simbólico como el lugar donde se concreta la fantasía amorosa de ambos personajes.

Poco después de Navidad, el sábado 27 de diciembre, Simone vuelve a la carga y pregunta directamente: «¿Por qué no has contestado nada sobre el viaje a México?».

Y el 30 de diciembre, escribe: «Estoy de acuerdo con la idea de pasar dos meses en México y algún tiempo en Wabansia».

Las menciones a México se multiplican en la correspondencia. El 2 de enero, prometiendo hablarle de sus relaciones con sus alumnas mientras fue profesora en Marsella y más tarde en Rouen, Simone le anuncia: «tendremos largas pláticas cerca del mar azul de México»; sobre la traducción al inglés de su novela *La sang des autres* (La sangre de los otros), afirma: «podremos comentarla mientras recorremos México», y añade: «sí, atengámonos a la idea de ir a México». Y, días después, reafirmando su amor por el «precioso cocodrilo», como llamaba a Algren, se aventura a anunciar que «la verdadera hazaña será sacarme de la cama para ir a ver los volcanes en México».

En febrero de 1948, después de un viaje con Sartre a Berlín, Simone de Beauvoir vuelve a plantear en su correspondencia con Algren la cuestión del viaje a México y le ordena: «Si quieres ser eficiente, averigua cómo hacer el trayecto de Nueva Orleans a Veracruz». Y después aclara: «Seguramente no estaremos más de tres días en la ciudad de México, puesto que es una ciudad sin encanto y los alrededores son asombrosos. He pensado que podríamos llegar a un acuerdo, puesto que ambos somos asertivos y nos gusta hacer nuestros propios pla-

nes: dividamos los días en dos, tú planearás las noches (sé que eres bueno para eso) y yo obedeceré sumisamente tus planes, y como contrapartida yo planearé los días y tú me seguirás de la misma forma. ¿Qué te parece?» .

Poco después, el miércoles 18 de febrero, de Beauvoir le escribe a Algren: «He comido con un amigo que acaba de volver de Nueva York y (...) México, que parece un lugar verdaderamente maravilloso: calor tórrido en la selva tropical de Yucatán; viento y desiertos, en las altas planicies. Vayamos primero a Yucatán. Encontrare más información, pero ya tengo razones suficientes para estar entusiasmada; la principal, que tú estarás conmigo noche y día». En la misma carta, le comunica que se ha mandado hacer un vestido para estar por casa, aunque sea lavando los platos. Al mismo tiempo le pregunta si ha obtenido información sobre México y le dice que si no lo ha hecho, ya lo hará ella: «Quiero ver ese país a fondo». (Este interés la llevó a visitar el Musée de l'Homme de Paris y recabar allí datos sobre las culturas indígenas de México).

Así, con las continuas referencias a su próximo viaje, va tomando cuerpo la idea de México, hasta convertirse en el territorio de la no territorialidad. Es decir, el lugar de la construcción amorosa: el telón de fondo, el escenario de la pasión. Tanto es así que el 20 de febrero le escribe a Algren con el encabezado «Mi querido marido de México». En esa carta en particular le da por fin las fechas definitivas de su viaje: saldrá de Grasse el 7 de abril para llegar a Nueva York el 13; al mismo tiempo, le anuncia que deberá estar en la ciudad de México el 13 de julio, para salir desde allí rumbo a Sudamérica. Aunque originalmente había pensado ir también a California, en esta misiva dice que lo que realmente le gustaría es estar solo diez días en Nueva York y pasar luego los dos meses siguientes con Algren, viajando por México. Y sugiere que sea desde el primero de mayo hasta el 13 de julio. Luego, el día siguiente, en la misma carta, sugiere que podrían volar de Nueva Orleans a Yucatán, después a Guatemala, Veracruz y, al final, a la ciudad de México. «Es un mismo tipo de civilización y de paisaje».

Ese mismo mes, en su carta del lunes 23, de Beauvoir le comunica a Algren que se va a entrevistar con alguien muy preparado del Musée de l'Homme, el museo etnográfico, para preparar algo verdaderamente especial para el viaje a Guatemala y México. El primero de marzo, además de anunciarle que por fin tiene su pasaporte e insistir sobre el tema de México, de Beauvoir le explica que la esposa de su amigo R. Wright le ha hablado de un pequeño pueblo mexicano cuyo nombre suena como «cuerno de vaca» (Cuernavaca), lo que le parece fascinante. En efecto, la entonces pequeña ciudad de Cuernavaca, capital del estado de Morelos, aledaño al Distrito Federal, se había convertido, debido a su clima templado, en el refugio de una buena parte de la comunidad de norteamericanos residentes en México. Allí se ha conservado hasta el día hoy, como museo, la casa de un artista norteamericano y la del embajador norteamericano ante el gobierno de Álvaro Obregón, Dwight D. Morrow.

En las subsiguientes cartas, Simone le habla de su visita a las exposiciones de Paul Klee, de su simpatía por la compañera de Giacometti y de su asistencia al concierto de Louis Armstrong en la Salle Pleyel, donde alternó con Earl Hines. No obstante, a pesar de su entusiasmo por el jazz americano y la fiesta que Gallimard le organizó a Armstrong, no olvida el tema mexicano. En la definición del itinerario se va construyendo también la relación. Simone parece tener ya una idea clara de la ruta a seguir: quiere moverse por pueblos y lagos y montañas y ruinas durante tres semanas. «Las ciudades grandes son más bien vulgares, los lugares diferentes son los pequeñas pueblos ... [sin embargo] el conjunto de villas, pequeños pueblos, ruinas y escenarios es un solo país. No se trata de correr a lo tonto y de manera apresurada de una cosa a la otra, sino más bien de intentar ver y sentir y entender la totalidad de la civilización india y española, antigua y moderna».

Explicando su actitud, de Beauvoir a continuación le aclara que ella no es superficial y no es dada al *hasty hopping* (correteo apresurado), como parece temer él. «Quiero que disfrutes el viaje tanto como quiero disfrutarlo yo misma. En general tenemos los mismos sentimientos

hacia los lugares y las personas, y nos gusta la misma forma de vivir, de modo que no tendremos problemas».

El 17 de marzo le reprocha a Algren que esté confortablemente instalado en su nido de la calle Wabansia, mientras ella ha tenido que pasar toda la mañana en la embajada de norteamericana manchándose los dedos para que le tomen las huellas digitales y contestando preguntas indiscretas sobre su padre, su madre y por qué viaja a Estados Unidos. La burocracia norteamericana de la época debió ser especialmente rigurosa en virtud del enorme número de solicitudes de asilo, visado y permisos de viaje que solicitaban europeos de todas condiciones para entrar a Estados Unidos, como turistas, visitantes o residentes, muchos de ellos, forzados por los efectos de la Segunda Guerra Mundial. De ordinario poco paciente con los trámites burocráticos, al obtener finalmente el visado, de Beauvoir presume de ello ante Algren: ya puede volar a Nueva York cuando le parezca. Un día después, también reporta que se dispone a leer a Truman Capote, el autor norteamericano más de vanguardia en aquel momento, *enfant terrible* de las letras norteamericanas, quien alcanzaría su mayor fama con la publicación en 1966 de su novela *In Cold Blood (A sangre fría)*, basada en extensas entrevistas a los asesinos de una familia rural.

Por otro lado, Simone también incluye en sus cartas detalles de su vida cotidiana, como una visita al dentista para reponer un diente perdido en un accidente de bicicleta en su juventud. En abril, poco más de un mes antes de reunirse ¡por fin! con Algren, Simone habla más de sus actividades en París, incluido el estreno de una obra teatral de Sartre, que del viaje a México y Guatemala. El tema, sin embargo, sigue suficientemente presente como para causarle el 4 de abril de 1948, poco antes de partir, una horrible pesadilla en la que su mayor temor era que el viaje no llegara a realizarse.

Antes de su partida, pasó tres semanas en el Hotel Bellevue de Ramatuelle en Var, en la Costa Azul, donde se dedicó a escribir, en una especie de retiro en compañía de Sartre, atendidos ambos por los dueños del hotel que les llevaban la comida a sus respectivos cuartos. Allí se dedicó a trabajar intensamente, consciente de que durante los

próximos dos meses no podría hacerlo pues los pasaría viajando con Algren. El entusiasmo y la anticipación del viaje siguen dominando buena parte de la correspondencia y la propia Simone dice que empieza a resultarle tedioso hablar de su impaciencia por encontrarse.

Finalmente Simone de Beauvoir se reunió con Nelson Algren en Chicago y juntos viajaron a Cincinnati donde, el 3 de mayo de 1948, se embarcaron Misisipi abajo hasta Nueva Orleans. Llegaron el día 10, la fecha que más adelante celebrarían como su aniversario de «boda», y fue entonces cuando Algren le regaló el anillo de plata que ella no dejó de usar jamás, llevándolo hasta su tumba. De Nueva Orleans volaron a Yucatán y luego a Guatemala, para regresar poco después a México, donde recorrieron el centro del país.

Los dos estaban interesados en las culturas indígenas, pero también en los ambientes de los barrios bajos, sórdidos y excitantes, en los bares de mala muerte y en los mercados, que ejercían una particular fascinación para ambos. Ese ambiente proletario, marginal, rayano en la sordidez, también interesó a otros norteamericanos, como el autor de la famosa pieza musical *Salón México*.

De común acuerdo, escribieron una bitácora del viaje, sumamente breve, donde, según Deirdre Bair, una de las mejores biógrafas de Simone de Beauvoir, se aprecia una flagrante contradicción entre lo allí anotado y la versión que la autora incluyó en el tercer volumen de su autobiografía, *La fuerza de las cosas*, y también con la versión que apareció en su novela *Los Mandarines*. Esta discrepancia forma parte, sin duda, del proceso de la creación literaria misma, lo problemático de la relación entre veracidad y literatura es un problema eterno. Baste por ahora señalar que de Beauvoir recordaría ese viaje como excepcional, en tanto que Algren no cesaba de admirar su osadía, su hambre de vida y de aventura. En Chichen Itzá, por ejemplo: «Subiste al templo mayor sin pensar en cómo bajarías después. En cuanto a mí, estoy contento de que me hayas traído aquí, me siento un descubridor. Al final de la tarde estábamos quemados por el sol, sudados, hinchados, cansados y sedientos y al parecer, muy felices». Y más adelante: «Finalmente vimos las maravillosas ruinas de Uxmal,

no tuvimos tiempo para tomar ni siquiera una taza de café, sentíamos que nuestro tiempo era demasiado limitado para ello». De Beauvoir incluyó el relato de la visita a las ruinas de Uxmal, en Yucatán, en *Los mandarines*, su novela de 1954, mientras que en el tomo de su autobiografía correspondiente a esos años, traducido al español como *La fuerza de las cosas*, trató muy brevemente el tema, enumerando apenas los sitios que visitaron.

Sin embargo, durante el viaje mismo, Simone demostró la energía de su entusiasmo amoroso y la enorme sed de conocerlo todo, de absorberlo todo, que la caracterizaba. En este sentido, el 3 de julio de 1947 le escribía a Algren: «... lo quiero todo de la vida, ser mujer y a la vez hombre, tener muchos amigos y también mi soledad, trabajar enormemente, escribir buenos libros, y también Viajar, divertirme, ser egoísta y también generosa. Como ves, no es fácil tener todo lo que quiero. Cuando no lo consigo, me vuelvo loca de cólera».

En México viajaron en autobús, visitando ruinas, mercados, iglesias coloniales, fueron en bote hasta Santiago de Atitlán, en Guatemala, y de regreso establecieron su cuartel general en el Hotel de Cortés, detrás de la Alameda de la ciudad de México. Desde allí hicieron viajes a las pirámides de Teotihuacán, a Taxco, Cuernavaca, Cholula y Puebla. También fueron a los toros y al ballet folclórico, probaron la comida local y pasearon por toda la ciudad, incluidos sus barrios bajos. Finalmente, en julio volvieron a Nueva York, donde después de arreglar los boletos de vuelta, Simone dejó a Nelson en Madison Avenue, solo para telefonarle poco después y escribirle ese mismo día: «Una vez más, el taxi se alejó y yo vi tu cara por última vez y oí tu voz por última vez, y había dolor en mi corazón, pero en mis oídos, sentí el amor».

No sería la última vez que se verían, Nelson Algren viajó a París en el verano de 1949 y estuvieron juntos en Marruecos, y al año siguiente (1950), ella lo visitó en su cabaña del lago Michigan. Poco después, ante la negativa de Simone de irse a vivir a los Estados Unidos, Algren se retiró de la relación y se casó por segunda vez con su ex esposa Amanda. Simone le envió una carta de despedida, pero luego siguió escribiéndole hasta 1965. En julio de 1964, cuando de Beauvoir tiene

previsto visitar la Cornell University, en el norte del estado de Nueva York, le dice que quiere verlo antes de que muera. Y en noviembre de ese año, le escribe que lo encontrará dondequiera que se esconda.

Su correspondencia continuó de forma intermitente hasta 1965, cuando la publicación en inglés de *La fuerza de las cosas* motivó la ruptura definitiva por parte de Algren, quien reaccionó aún con mayor furia cuando apareció *Los Mandarines*. Su ira por la versión de su romance que Simone de Beauvoir incluyó en esa novela autobiográfica seguía intacta en 1981 cuando fue elegido miembro de la prestigiosa Academia de las Artes y las Letras. Entrevistado por *The Times*, Algren declaró al periodista, W. J. Weatherby: «He estado en burdeles en todo el mundo y las mujeres siempre cierran la puerta... pero esta mujer (de Beauvoir) abrió totalmente la puerta y llamo al público y a la prensa. No tengo rencor contra ella pero lo que hizo es repugnante».

Ni Algren ni de Beauvoir volvieron a México, pero su viaje fue el crisol de una compleja relación de casi veinte años y, en su testamento, de Beauvoir especificó que, una vez muerta, no le quitasen el anillo de plata mexicana que Nelson le había regalado el 10 de mayo de 1948. Exactamente 33 años después, el 10 de mayo de 1981, el *New York Times*, publicaba el obituario de Nelson Algren, muerto de un ataque fulminante al corazón, y daba cuenta de su muerte solitaria, sin que nadie reclamara su cadáver.

Bibliografía

- Bair, Deidre. Simone de Beauvoir.** *A biography* (Nueva York: Touchstone Book, 1990).
- De Beauvoir, Simone.** *A Transatlantic Love Affair. Letters to Nelson Algren* (Nueva York: The New Press, 1998).
- De Beauvoir, Simone.** *The Mandarines* (Nueva York: The World Publishing Co., 1956).
- De Beauvoir, Simone.** *Force of Circumstance.* New York. Putman's Sons. 1965
- Crosland, Margaret. Simone de Beauvoir.** *The woman and her work* (Londres: Heinemann, 1992).
- Seymour Jones, Carole.** *A Dangerous Liaison. A Revelatory New Biography of Simone de Beauvoir and Jean Paul Sartre* (Nueva York: The Overlook Press, 2009).
- Wisniewski, Mary. Algren.** *A life* (Chicago: Chicago Review Press, 2017).

editorialfeministavs.com